

En 1905 era *El Noticiere* un centro de amenas actividades. Reunía noche a noche muchos de los que fueron autoridades destacadas en política, literatura, historia y demás inquietudes espirituales que incitan a debates animados y cautivantes.

Eso no significa que dejaran de concurrir los que ni entonces ni ahora lograron ameritarse sino de parlanchines impenitentes, y solían por cierto llevar la palabra con ardor y vehemencia al arreglar el mundo y sus alrededores. Otros eran meros asistentes, y allí acababa su mudo papel. De todos modos el grupo era suficiente para mantener la animación, único propósito para lo demás de las reuniones.

Cuando vuelvo los ojos a esas veladas, orlas negras deslustran el recuerdo: casi todos los asiduos han ido colándose por los voraces portones de la eternidad.

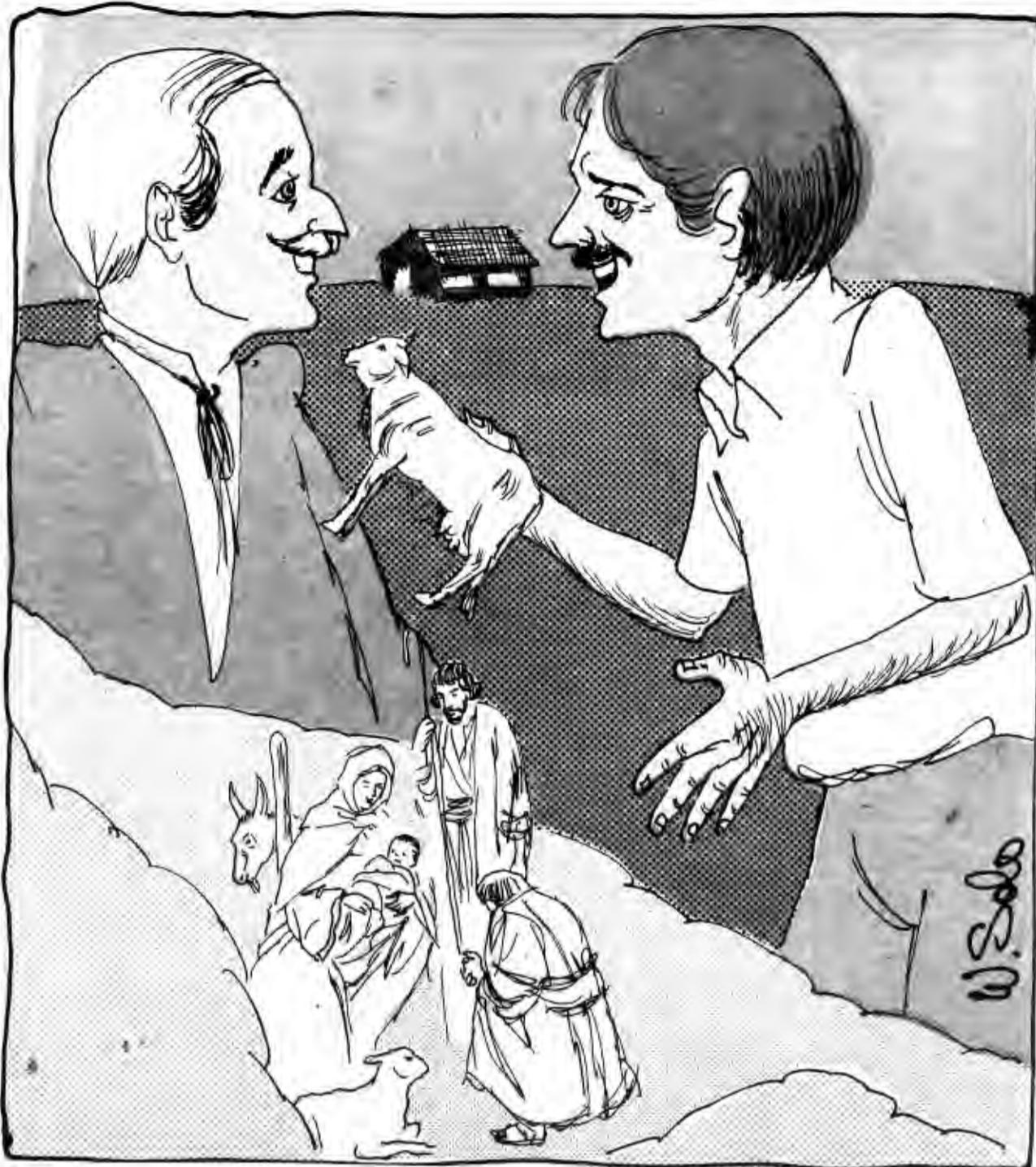
En una temporada instituímos el ejercicio de lanzar preguntas, triviales algunas de ellas, otras de mucha miga, con la esperanza de obtener respuestas publicables que dieron atractivo nuevo al diario de mayor circulación a la fecha.

He aquí una de ellas, con la respuesta al pie. Por entonces produjo buena impresión entre los josefinos, quienes por cierto no han descubierto todavía por qué llevan el nombre que tienen muchos de sus barrios, como el Puerto Escondido, Rincón de Cubillos, Chile de Perro; etc. Lo reproduzco como apareció.

Pregunta 15: ¿Qué origen tiene la denominación "Paso de la Vaca"?

Contestación: Me lo contó un anciano; u si non e vero, e ben trovato.

San José era una ciudad pichoncita, tanto que las casas, al igual de las primeras plu-



EL PASO DE LA VACA

mas, iban apareciendo aquí y allá, entre verdura y sosiego.

La gente fraternizaba un tanto pero de lejos. El rudo trabajo apenas le permitía el tiempo de hacer la colación en familia, rezar el rosario, y cuando más, antes de recogerse, salir a la "tranquera", ese parloir campesino donde lo mismo se compra una vaca que se acepta un yerno, a platicar con los escasos pasajeros.

Los domingos asistían todos a misa, y las comadres hallaban la única oportunidad de charlar, mientras regresaban en compañía de las vecinas.

Por aquella época —la de este cuento— se tenía como ahora mucha veneración por los santos, y era difícil que en cada casa no se hallaran algunos, aunque fuera en pintura.

Sobre todo los San José eran im-

prescindibles: con la ventaja de que lo mismo servían para la fiesta del patrono, que para figurar en el indispensable portal del fin de año. Las mujeres, pues, tenían todas sus camarines en que alojaban muellemente adoradas imágenes, y era de verse la solicitud con que limpiaban y acicalaban al Niño Dios o pegaban un cuerno o una oreja —como ahora— al buey o a la mula, y si la humedad se había atrevido al sacrilegio.

Y acertó a darse la vuelta por aquí un escultor que venía de Guatemala recomendado al señor cura de Cartago, sumamente hábil en tallar madera.

Todos a una quisieron proveerse de santos de bulto; pero la desgracia fue que el escultor cobraba caro.

No hubo más que una casa, de unos tales Abarca, que pudiera costear los suyos, y el artista se quedó y los hizo, precisamente al acercarse el fin de año.

He aquí que las comadres salían una mañana de la misa, despechadas por su pobreza, y una dijo:

—Vayan a ver el portal de ñor Abarca...

—¿Qué tales le resultaron los santos?

—Son bonitos pero yo creo que no los pueden bendecir.

—¿Y, eso...?

—¡Pues no va el fuerero ese y le hace los animales imperfectos! En vez del buey y la mula, le hizo la mula y una vaca. Y es que como a todos los Abarcas los llaman "bueyes", el viejo dijo que o le ponían tetas o no pagaba...

—Sí, pero dicen que el cura les dio el permiso para que no les sirviera de mala tentación.

La noticia cundió allí mismo; y por la casa de los Abarcas desfiló todo San José

a ver la vaca del Paso. Y como la cosa era tan singular en realidad, después había quien preguntara:

—¿Me da razón por dónde vive Fulano?

—Coja aquí por la calle de los Abarcas...

—No sé donde vivirán...

—Hombre, aquéllos que llaman "bueyes", los del Paso de la Vaca.

—¡Ajá! Dios se lo pague.

Esta es la religiosa historia del Paso de la Vaca.

"Y si el lector, dijeres ser comento, como me lo contaron te lo cuento".

Era entonces vecino del Paso de la Vaca un viejo de los más dignos de loa y de recuerdo: se llamó don Juan León Loatza, empleado de la Fábrica Nacional de Licores, muy honorable, muy limpio en toda la extensión de la palabra. Gustaba extraordinariamente de charlar en el largo trayecto desde la oficina a la casa.

Pese a este único defecto —si en verdad lo fuera— su imaginación vino a confundirse al desviar la flamante historia del paso del buey, quizás en la medida inapreciable en que la luz sufre una comba cuando anda suelta por el espacio, según enseña Einstein. Ello es que leyó mi respuesta a toda conciencia y la primera vez que me halló de camino no pudo menos de felicitarme por haber puesto las cosas tan en claro:

—¡Muy bonita tu historia —me dijo—, muy bonita! Por cierto —agregaba— todavía hay aquí en el Paso de la Vaca descendientes de esos Abarcas que llamaban "bueyes".

Y yo que había creído que todo había sido de mi invención.